

## Atonal: un relato de cuarentena

Lucía Miranda



# Capítulo 1

## **CAPÍTULO 1: FUERTE DE RAÍZ**

Julia le había puesto su padre, quizá no lo sabía pero su nombre significaba que es fuerte de raíz. Ana le puso su madre, por no quedarse atrás, porque era lo único que le resultaba armonioso: Ana Julia. Así quedó y eso sería todo lo que sus padres le aportarían: el inicio de su vida. A medida que crecía, su relación se volvía más y más distante, tanto que no escucharemos más de ellos por el resto de la historia.

Julia (porque hace ya tiempo se deshizo del Ana), vivía sola en un departamento pequeño pero de mil colores, amaba el cine – entre otras cosas que aprenderemos de ella- y desde muy joven se inició en la costumbre de pegar afiches en sus paredes. Se concentraba sobre todo en los personajes: Rosario Tijeras, Mia Wallace, Alicia Sierra. De vez en cuando las admiraba y se imaginaba una vida distinta para ella, tan emocionante como una película. En esos momentos, el tiempo pasaba en cámara lenta y practicaba sus gestos y frases ante una cámara flotante que le filmaba en un primer plano. Disfrutaba de esa posibilidad de verse a sí misma desde distintos ángulos y con el placer que solo puede obtenerse de los aplausos y la admiración de un público, aunque inexistente. Esta vez, en el encierro, ya ni eso la animaba y poco a poco se quedó sin saber qué hacer y pensando más de lo que normalmente se permitía.

Aunque ya nadie llevaba la cuenta, habrían pasado entre cuatro y cinco semanas. Aún no era permitido salir y formar parte de una realidad cruda en que se luchaba contra un enemigo invisible pero mortal. Todas las personas cuyo trabajo, o más bien la falta de éste, no resquebrajaba la supervivencia humana, tenían la obligación de quedarse en casa. Así cumplía Emmanuel en el departamento de al lado, adaptándose perfectamente a su nueva rutina. Como cada día, se encontraba en la cama, alerta pero con los ojos cerrados para no ver el tiempo pasar y, así, sentir que ha despertado a las 10am, lo suficientemente tarde para que la mitad del día llegara pronto. Cuando supo que estaría encerrado por un tiempo, prefirió quedarse ahí, solo, y visitar a su madre y a su hermano cada vez que le fuera posible. Así cumplía cuando, muy improvisadamente, golpearon a su puerta. Emmanuel metió la cara debajo de la única cobija blanca que utilizaba para dormir, esperando que el sonido se esfumara si se escondía. Pero la puerta volvió a sonar y esta vez con tres golpes de más que denotaron la gran importancia del asunto. Se acercó a abrir y, de golpe, entró Julia bastante nerviosa y usando algo que parecía servir de pijama o ropa casual de cuarentena (quién distingue

ya).

-¿Hola? – preguntó Emmanuel con las manos a la altura del pecho, mirando al cielo por respuestas

-Hola – le contestó – tengo un problema.

Emmanuel sacó la cabeza por el marco de la puerta para ver si alguien venía detrás de ella. No había nadie. Tampoco había escuchado sonidos fuertes, ni gritos. Sabía que su visitante vivía en el departamento de al lado. Julia también sabía de él, aunque poco. Sabía, por ejemplo, que si él entraba primero al edificio y la veía venir detrás, abría la puerta y la sostenía hasta que ella entrara y , cuando pasaba por su lado, él bajaba la mirada aunque saludaba con una voz fuerte, sin timidez. Sabía, por lo tanto, de su paciencia; e intuía, por lógica, que tendría una edad parecida a la suya. Y sin embargo, no lo escogió por eso, simplemente porque vivía ahí, cerca, y con ese pequeño dato le bastaba para sentir que sabía más de él que del resto de sus vecinos y vecinas.

-Tengo un problema- repitió - No encuentro a mi gato. Verás, el otro día empecé a coser u...unas cosas. Y ahora, todo está muy grande, una parte hasta se salió por la ventana, esa que da al patio de atrás. Y...se me perdió mi trapito.-

- ¿Se te perdieron un trapo y un gato? – preguntó Emmanuel, en un esfuerzo por disimular que no entendía su historia en medio de tanto apuro.

- No no. Mi gato es trapito, así se llama. ¿Puedes venir? Tú debes ser fuerte, a ver si me ayudas a doblar todo y le encontramos.

Emmanuel asintió con la cabeza, bajando un poco la mirada como acostumbraba hacer. Se puso unos zapatos, abrió la puerta y la sostuvo hasta que Julia saliera. Ella abrió la suya y la soltó, ésta golpeó levemente la nariz de su acompañante que la quedó mirando sin que se diera cuenta, cuestionando en lo profundo de su alma su falta de reciprocidad. La reflexión, sin embargo, le duró muy poco pues no se pudo contener ante la sorpresa que le esperaba dentro. Sobre el piso, se extendía una enorme tela de retazos unidos a la fuerza, sobre un patrón carente de valores estéticos, como una melodía compuesta por ruidos estridentes de uñas al rasgar. La sensación era esa: atonal, falta de relación entre tonos, o colores, o razones por las que una persona elaboraría un monstruo tejido de esa magnitud.

-¿Qué? – preguntó sonriendo – ¿Qué pasó aquí?-

-Ya te dije, se perdió mi gato. – respondió Julia

La miró. Un segundo fue suficiente para que ella entendiera que esa no era la respuesta que buscaba:

-Nada – dijo Julia – necesito doblar esto y guardar, o botar, no sé. Me llamo Julia, cierto. Significa que soy fuerte de raíz.

-Emmanuel – contestó él - significa Dios con nosotros o algo así.

-¡Ah! Eres religioso – dijo ella con la seguridad que le caracterizaba

-No. Es solo mi nombre, yo no lo escogí. Bueno, te ayudo.- contestó.

Se acercó a la ventana asumiendo que debía empezar a doblar el telar desde ahí pero pronto descubrió que éste no tenía esquinas. El primer retazo que pudo ver de cerca era el dibujo de un gato negro, acompañado por las letras "Chat Noir. Paris". Lo levantó y soltó de golpe, rápidamente colocó su rodilla sobre la pared de manera que esta fuera capaz de sostener la tela y disimular su respiración agitada, sus ojos de miedo. Al otro lado, el retazo estaba cubierto de sangre, como una salpicadura de esas que se ven en películas cuando salta de una cabeza o de un cuello y se impregna en un proceso súbito que la convierte en evidencia. Pero, ¿evidencia de qué? La miró. Y Julia le devolvió la mirada, ya sin nervios ni apuro.

## Capítulo 2

### **CAPÍTULO 2: PARÍS NO ES EL PARÍS DE LOS CUENTOS**

La vida se pausó y Emmanuel no pudo más que pensar en las mil formas en que podía liberarse de aquella situación y cómo, de entre esas mil, no lograba estacionar su mente en una, decidir, y escapar. Julia se adelantó y haciéndole un ademán con sus brazos extendidos parecido al que se hace ante un perro bravo, le dijo:

- Tranquilo. Las cosas no siempre son lo que parecen. Ojalá la vida fuera tan simple para sacar conclusiones como en una película. Por eso me gusta el cine independiente ¿sabes? Puede parecer confuso pero en realidad los personajes son solo más complejos, como somos las personas.-

Sin interrumpir su discurso, Julia se le aproximaba con la mirada, la inhalación y la exhalación inalterables.

- Eso que ves es el Chat Noir, uno de esos clichés bohemios de París, de cuando todos los artistas exiliados andaban por ahí, creyéndose, y haciéndose creer los unos a los otros, tan buenos e incomprensidos artistas con sus poemas, sus penas y las mujeres. No digo sus mujeres, digo las mujeres. Porque no nacimos para ser las musas de nadie.

Y en el último respiro, en esa última palabra tan vasta como para incluir a todos los hombres y, por consecuencia también a Emmanuel, la lentitud se tornó en calma furia; Julia le arrebató la tela de las manos y, junto a ésta, sus ganas de preguntar más. Estaba resuelto a aceptar que eso fue lo que vio: el Chat Noir. En realidad, le fue bastante fácil. Claro que esa sangre antigua era evidencia, y sin embargo, mientras no preguntara por ella, no tenía nada que ver con él. No era la primera vez que le pasaba, Emmanuel había transitado por dos relaciones largas sin sentir nunca ansias por saber más; por el contrario, solía olvidar rápidamente lo que le contaban sus parejas, hecho que le ocasionaba una serie de reclamos por no saber distinguir entre la importancia de un asunto u otro. Hace unos meses, Sofía le había dejado (en el medio de un puente peatonal sin saber si continuar o regresarse) por no recordar que su jefe la había despedido el día anterior. Se regresó.

Ambos continuaron doblando poco a poco el telar. Al principio, intentaron enrollarlo, pero pronto comprendieron que era mejor doblar cada retazo por su forma irregular. Habría pasado cerca de media hora y los dos

continuaban en la tarea sin hablar, con la misma concentración que un niño le pone a sus juguetes. Algo en ella le empezaba a parecer intrigante, por algún motivo inocente e incluso algo triste. Julia se detenía a admirar cada retazo antes de doblarlo, pasaba sus dedos por el hilo y sus gestos evidenciaban que se preguntaba si otro orden le hubiera resultado mejor. No por el asunto del Chat Noir, había dejado de ser una mujer que necesitaba de su ayuda, además, era claro que no podría ella ponerle en una situación en la que no pudiera defenderse. Emmanuel preguntó:

- ¿Por qué has hecho todo este trabajo? -

- Empecé hace casi una semana. Estaba arreglando mi casa y saqué todos estos retazos del armario. ¿Quieres una cerveza? - Le preguntó Julia

- Sí, claro. Gracias - contestó.

- Trapito nunca se me ha escapado ¿Sabes? Hemos vivido aquí casi un año, antes vivíamos en una casa más pequeña pero tampoco se salía. - Le contó desde la cocina - No sé si tenga algo que ver con esto pero....De hecho, no sé en qué momento se fue porque hace días que esto se puso muy grande.-

Julia colocó las cervezas en la mesa junto a un plato de galletas de sal de esas que se comen cuando nada más está disponible en la alacena. Se sentaron, en medio de un gran silencio y una tenue incomodidad.

- Son recuerdos.- dijo Julia. - Son cosas que he guardado: algún vestido de una boda a la que asistí, una pequeña almohada de avión, vestuarios viejos, pedazos de sábanas en las que dormí, la cobija en la que llegó Trapito. -

Emmanuel no pudo evitar una risa. - ¿Pedazos de sábana? ¿Cómo? ¿Cortabas un pedazo de sábana antes de irte y después de una noche con alguien? - Ambos rieron. - ¿Nunca te llamaron a reclamar? -

- No, creo que no.- respondió Julia sonriente.

Terminaron el intervalo y retornaron a su tarea. Emmanuel estaba a punto de colocar lo que había doblado sobre un retazo de rayas azules y grises cuando sintió la mano de Julia sobre la suya, deteniéndole.

- Marroquinería. - le dijo Julia - Así se llama esta tela, es dura como el cuero pero se usa para hacer bolsos y mochilas. De ahí la corté, de una mochila que me regalaron en Barcelona cuando fui a un encuentro de teatro. -

- Has viajado mucho. – dijo Emmanuel

- Parecería. Pero no. – contestó ella – Solo fue una época. En realidad, no me fue tan bien. Después de ese encuentro, me enamoré tanto de la posibilidad de ser una persona nueva y distinta que quise quedarme por allá.-

- ¿Y? – preguntó Emmanuel desconcertado por las pausas tan inoportunas, inconscientes de su angustiada forma de cortar las historias.

- Y nada, así llegué a París. – dijo Julia.

Como si esta anécdota tan aleatoria se hubiera convertido inesperadamente en una revelación, Emmanuel notó que se acercaba de nuevo a aquel retazo del que le habían alejado unas horas atrás. París. ¿Cómo no le fue palpable que el monstruo tenía un orden? ¿Qué podía significar entonces el siguiente retazo? Ahora buscaba pistas. Había pasado de ser un tipo que abre las puertas y ayuda a las personas, a ser un detective al que le apetecía destapar aquella olla de presión que era esta mujer con su monstruo a punto de estallar y su gato que solo existía en ese espacio por su ausencia y la falta que, poco a poco, dejaba de hacer. Entonces acercó su cabeza al siguiente pedazo (aunque al revés no se hubiera notado tanto su intriga) y, con el mismo poco cuidado que puso en la primera acción, leyó en voz semi-alta:

- Auberge de jeunesse 3 Ducks. Paris. – contó tres segundos de silencio

- Albergue de juventud. Un Hostal. – dijo Julia apacible- De esos para viajeros.

No me gustaron mucho. Puedes conocer a gente interesante pero compartir un cuarto con cinco personas más no es muy agradable. Son lo más barato que se encuentra por allá.-

- ¿Lo cortaste de una sábana? – preguntó Emmanuel sonriendo

- No. – contestó ella. – De una cortina de baño ¿No sientes la tela? A ti te hace falta indagar en las cosas. Apenas ves algo, te quedas con eso y crees que puedes sacar conclusiones.- Lo miró.- Y luego te quedas con las conclusiones y no puedes saber si son verdad.-

- No es cierto- dijo él. – Aunque puede ser que a veces no pienso demasiado. –

- Y antes de que me preguntes. – continuó Julia.- Ese de ahí, el siguiente, es un fragmento de mantel. De un café en Montmartre. El más bohemio

de Paris.- dijo con alegría. – Muchos turistas, ni un solo artista.

- ¿Más bohemio que el Chat Noir? – preguntó él con seriedad acercándose a Julia. Le tomó de las manos y le dijo.- Ese es el siguiente retazo, ya llegamos a él. -

Se podría pensar que en ese momento Julia se habría angustiado, mas para su propia sorpresa, advirtió un alivio recorriéndole desde los pies hasta la última punta de su cabello recogido. No supo cómo reaccionar pero se agobió en quietud, como hacía frente a esa cámara que flotaba con ella en el vacío de esas noches que solo sirven para recordar.

- París no es el París de los cuentos, yo le dije a Córtazar. Bueno, le conté en una carta que llevé a su tumba. Estaba ahí, tan olvidado por los que no hablan español. Esperé otra cosa pero todo fue de mal en peor; sin romances en departamentos vacíos, ni vinos a la orilla del río, ni bares de jazz en los sótanos. Cuando regresé de ese café en Montmante, mi maleta había desaparecido del Hostal. Solo se me ocurrió recurrir a un chico que había conocido unos días antes y vivía por ahí cerca. Era latino, por eso frecuentaba el hostal. No estaba muy contento de ayudarme pero pagó una noche más por el cuarto y me dijo que un amigo suyo se pondría en contacto conmigo. Yo confié en él. Al otro día me llegó un correo, era de un señor francés, él había escuchado mi historia y me invitó a su casa. Le pedí su número y lo llamé. Sonaba viejo. ¿Quieres otra cerveza?- se interrumpió de repente

- Sí – respondió Emmanuel sin dejar de mirarla

- Ya no tengo- dijo Julia

- Está bien.- dijo él – Yo puedo ir abajo a comprar.-

Emmanuel abrió la puerta, regresó a ver a su nueva compañera de historias y le sonrió. Le sonrió mientras exhalaba complicidad, mientras le aseguraba con su aire emanado que sus palabras y sus retazos estaban a salvo con él. No se tardó mucho en volver. Golpeó la puerta. Luego, tres veces más para denotar la importancia del asunto. No hubo respuesta. Esperó tres angustiosos minutos que le exigieron contener sus ganas de gritar que estaba ahí, afuera.

- ¡Gracias! – dijo Julia en un tono que ya no era el de contar secretos.- ¡Ya regresó Trapito! –

- No es cierto Julia.- respondió él. – No es cierto...porque lo tengo yo.-

*Continuará...*

## Capítulo 3

### **CAPÍTULO 3: EL CHAT NOIR**

Silencio absoluto. Emmanuel miraba al techo, sentado en el pasillo desolado, pensando en todo y en nada, en Julia como una película y en él como un hombre tan aburrido y normal. Con el paquete de seis cervezas en la mano izquierda y Trapito en el brazo derecho, permanecía sentado sobre la alfombra roja de ese oscuro pasadizo por el que tantas veces habían transitado de maneras inoportunas, llevando cada uno su normalidad sin coincidencias. Resultaba poco probable que, de no haber encontrado al gato gris en la tienda de abajo, hubiera decidido regresar a su departamento. Poco probable que pudiera olvidarse ya de Julia y de sus historias de aquellas ciudades que, antes de aquel día, no eran más que postales para él; porque él no entendía de los cuentos y de los artistas y, por ende, de la experiencia frustrada de Julia. La puerta se abrió lentamente, se levantó y entró.

-La señora de abajo me ha dicho que era tuyo.- dijo. – Porque parece que nadie más tiene gatos aquí.

- Gracias – dijo Julia, con la mirada abajo. Abrazó a Trapito y lo colocó sobre el retazo de la manta en que había llegado a su hogar.

Emmanuel se acercó a ella y la abrazó, por un momento pareció que se conocían desde siempre, como dos amigos tratando de superar una desgracia. ¿Por qué era tan amargo el momento? ¿Y qué lo hacía tan real? Julia ya no sabía contar cuántas horas le había dedicado a perfeccionar personajes en situaciones extremas, cuántas horas de cinta tendría esa cámara que la filmaba en Barcelona y en París. Y, sin embargo, nada tan auténtico como ese momento que no requería de aplausos para sentirse verdadero.

-Te abrí porque se me ocurrió mostrarte algo- dijo ella.- Y ¡claro! Por Trapito también.- Ambos rieron.

- Muéstrame- Le dijo él acariciando su rostro.

Julia abrió un par de cervezas y lo dirigió al extremo opuesto del telar, opuesto al Chat Noir que, momentos antes, casi acaba con su historia.

-Esta tela roja es de mi primera función. Nunca fui una de esas estrellas juveniles ni tuve uno de esos dones que se descubren como revelaciones y se cuentan años después. Yo sentí que era especial esto de actuar y me decidí sola. Me encanta que sea rojo porque alguna vez leí que, cuando

Marilyn Monroe era pequeña, aistió a un evento en la iglesia y, por error, se colocó una capa al revés, resaltando entre todos los niños y sus capas blancas. Como si su destino hubiera sido resaltar. Yo no sé si este vestido me hizo destacar pero nunca me sentí tan única ¿Sabes?

-Sí- contesto él

-¿Seguro que sabes? ¿A qué te dedicas tú?

- ¿Yo? Pues yo trabajo para el Estado. Soy sociólogo. No he viajado mucho ni he tenido tantas aventuras o momentos únicos como tú pero he tenido pasiones. Yo escogí mi profesión porque quería ayudar a las personas. Aunque quizá el plan no era trabajar para el Gobierno...Sí que me hubiera gustado viajar. – dijo con una mirada confundida.

- No tienes que compararte conmigo Emmanuel. A veces yo desearía ser una de esas personas que viven la vida sin apuros, sin necesitar más de lo que han alcanzado. Esas que reciben premios por haber trabajado 25 años para una misma empresa y son más que felices con sus cenas familiares cada domingo y sus vacaciones en hoteles de pulseras para acceder a los buffets, las piscinas y todo eso que el resto del año no pueden pagar.

Rieron. En los intervalos de cada sorbo de cerveza, Julia continuaba sus historias mientras Trapito paseaba por el departamento, exponiendo un cariño profundo al extraño que lo había rescatado. La dueña del monstruo se volvía tan bella ante los ojos de Emmanuel, que era capaz de convertir el caos en un desorden llevadero, un desconcierto soportable, una melodía enredada, una anarquía exquisita. Sin ideologías políticas, Julia encontraba la forma de devolverle aquel ideal de libertad que había marcado su juventud. A veces en orden y a veces saltándose intencionalmente los retazos, la mujer le contaba su vida a partir de sus obras de teatro, como si estas hubieran sido siempre el centro de cada una de sus épocas. Recordaba amigos, estudios, relaciones, anécdotas; desde detrás del telón, transformando a Emmanuel en un espectador sentado desde siempre en una butaca que le permitía presenciar con suma atención la desventura de cada uno de sus personajes, comentando poco y sin decidirse a hablar de sí mismo porque, si algo le generaba esta situación, era una confusión nostálgica que pretendía enterrar dentro de su pecho hasta poder lidiar con ella. Además, una parte de él esperaba que el camino de Julia retornara inevitablemente al Chat Noir. Así fue.

Eran las diez de la noche y ambos habían perdido la cuenta de las cervezas que la señora de abajo continuaba vendiéndoles a través de una ventana pequeña. Julia observó el retazo y se tumbó boca arriba en el piso. Emmanuel estaba a punto de imitarla cuando vio que Trapito intentaba salir por la ventana aún abierta. Se apresuró a cerrarla y se acostó junto a su nueva compañera sobre la alfombra de la sala que, por fin, se dejaba ver tras haber doblado todo el telar hasta llegar a la punta

más controversial.

-¿Te acuerdas del señor francés que te conté?- dijo Julia

-Sí. Que te llamó y te invitó a su casa

-Sí. Supongo que una parte de mí sabía bien lo que quería pero no tenía a dónde ir. Aparte, nadie me conocía por ahí. Pensé en todos esos personajes a lo Rosario Tijeras que me encantan y, de repente, la idea de ir a su casa no me pareció tan desagradable. Romanticé esa situación y me convencí de que podía ser el inicio de una aventura. Que quizá me convertiría en una musa. Al inicio hasta parecía que sí porque cuando llegué, me indicó dónde sería mi habitación y en la puerta decía BB. Me dijo que era por Brigitte Bardot, esa actriz francesa que era tan hermosa.

- Sí, la conozco.

- Bueno, yo puse mi maleta ahí. Había una parte de mí que quería salir huyendo, creo que esa parte es la que no me dejó arreglar nada. Solo había pasado una hora o dos cuando escuché la puerta de la casa abriéndose y unas voces hablando en inglés. El señor me llamó, bajé y vi a una mujer muy guapa en la entrada, con un abrigo grande de invierno, negro, de piel, falso. Me saludó en inglés, se llamaba María. Era una rusa que hablaba en inglés en Francia y con su nombre en español. Luego,...no quiero entrar en detalles pero ella me enseñó lo que debía hacer.

- ¿Tuviste que estar con él?- preguntó Emmanuel

- Tuve pero no llegué a hacerlo del todo. Pasaron algunas cosas pero, al pasar los días, él se desesperaba. Además, como no hablaba bien inglés, creo que sentía que nos burlábamos de él, porque reíamos mucho. Pasábamos bien juntas, tomábamos desde temprano para lograrlo, pero pasábamos bien. Casi a la semana él nos dio una plata a cada una, justo esa noche fue la última.

Emmanuel la escuchaba sin juzgar sus decisiones, finalmente ¿quién era él para cuestionarle el pasado? En esta historia ¿no era Julia una víctima de la necesidad de un viejo solitario y de sus propias ideas románticas? Quién fuera capaz de separar lo que sabe de lo que cree, necesita y puede hacer en una posición de lo más compleja. Esta era sin duda, la aventura más real de Julia y la única forma de sobrellevarla fue insertando una dosis de magia en aquella actriz en que la vida le exigía transformarse. Porque aunque Julia pensaba en ser musa, nunca dejaba de ser la protagonista de su propia historia.

-Aunque te pienses musa, nunca dejas de ser la protagonista de tu propia

historia- le dijo Emmanuel.- No le debes nada a nadie.

- Yo sé. Por eso me fui – respondió ella. No sé si murió, pero si murió, yo lo maté.